

te en sabidurías, en especial los días sábados y domingos, en que estaban aún más abiertas las puertas de su reino de vida, ideado por él con imaginación y alegría muy propias de su temperamento.



Y a todos estos desplazamientos intelectuales agregaba su condición de traductor exigente, de crítico literario implacable, de polemista bien equipado para la controversia, de inteligente conversador, de amigo afectuoso, de indagador de mundos, que paseaba su mirada por estrellas y constelaciones, museos, hazañas de héroes y la aureola de las imágenes sagradas. Amigo afectuoso y persona cordial en la comunidad de intereses que los reunía bajo su alero familiar.

Valioso testimonio de amistad y recordación, de reconocimiento y exaltación a un nombre y a una existencia comprometida con los más altos intereses de la cultura, de la que fue habitante sin pausa ni fugas, como que le representaba la atmósfera vital necesaria a cada día. No otra es la gratísima sensación que queda después de leer este libro, es-

crita con respeto y hondo afecto hacia el amigo, hacia el intelectual, hacia el admirable ser humano que era Enrique Uribe White.

Libro que, a la vez que constituye un gran aporte para el conocimiento de la personalidad —poco común y que suscita admiraciones— del biografiado, honra y acrecienta el orgullo de la ciudad donde él balbuceó las primeras palabras e inició su diálogo vital, al calor de un hogar en el cual la inteligencia, la bondad y el señorío mantuvieron su presencia en forma permanente.

ÓSCAR LONDOÑO PINEDA

Le sobran páginas

Las ideas políticas de Bolívar

Ramiro de la Espriella

Editorial Grijalbo, Bogotá, 1999,
299 págs.

Es una pena que este libro, cuyo autor, según leemos en la contracapa, es miembro de la Academia de Historia de Cartagena, esté plagado de erratas; valgan unos ejemplos: “rompería en demuestos” (sic, pág. 19), “con esta noble diferencia” (pág. 223), donde sin duda debe decir “con esta notable diferencia”; de errores ortográficos: “ironisa contra los gobiernos *liberales*” (pág. 39), “la creación de un cuerpo político escéptico” (pág. 75); suprime casi siempre el signo que abre la interrogación y la admiración (no se pueden equiparar en este sentido el idioma inglés, que prescinde de estos dos signos, y el castellano); escriba “estado” en lugar de “Estado”: “Bolívar lleva incipiente *su* estado en la cabeza” (pág. 55), ¿un estado febril, un principio de cefalalgia?; menudean los errores tipográficos: “pastores de la antigüedad cuyo gobierno era el (sic) propio tiempo un *imparar* y un *apacentar*” (pág. 95); puntos donde debe haber comas, etc., todo lo cual hace harto embarazosa su lectura. Tam-

bién, aunque en el prólogo de 1999 José Consuegra nos advierte que el autor le ha enviado las pruebas de una nueva edición del libro, en la página 97 resalta una nota de anacronismo: “hoy mismo los partidos comunistas de Europa reviven el cisma de las iglesias cristianas frente a la Roma de los Papas”. Hay, además, problemas de edición, así, en la página 110 dice: “En el capítulo correspondiente a ‘El origen de las instituciones’ ya he examinado a espacio el proceso de la crisis política”. Y bien, este capítulo aparece más adelante, en la página 163. Pero, sobre todo, nos resiente la manera tan árida como esta obra se concentra en los textos claves de Bolívar, citando pocas cartas suyas, tan ilustrativas como suelen ser, de modo que resulta un alivio grande ir al libro de Fernando González, *Mi Simón Bolívar* (1930), aun si le sobran muchas páginas (el libro propiamente comienza en la página 130), por las citas anecdóticas que lo frecuentan (las voluminosas *Memorias* de O’Leary le sirven mucho), aparentemente marginales, como que, al comienzo de la campaña libertadora de Venezuela, resistiéndose Santander a acudir presto, Bolívar le dice: “Marche usted, marche usted para Caracas, porque de lo contrario o lo fusilo a usted o me fusila usted a mí”, que era este caraqueño un “airado de la cabeza pero no del corazón”. O bien abrir el librito de Alberto Miramón, *Bolívar*, por la cantidad de información biográfica y por las anécdotas que trae —por ejemplo, acerca de la pasión de Bolívar por el baile, que cuenta Luis Perú de Lacroix en el *Diario de Bucaramanga*—, y que sin duda nos ayudan a comprender mejor el pensamiento político de Bolívar, si consideramos que sus ideas políticas tienen que ver con todo su ser. En efecto, he aquí, como relata Perú de Lacroix, que en medio de la campaña y de la campiña, si a un lado estaban las caballerizas, no faltaba al otro lado un tinglado de baile: “Sean cuales fueren las fatigas de la jornada, bailará un poquito, luego se irá a juntar a sus ayudantes, trabajará, dará órdenes. Una hora

después, otra vez volvería al baile. Sus ideas eran entonces más claras, más tenaces y su estilo más elegante. Esta pasión no lo abandonará sino dos años antes de su muerte, envejecido su cuerpo más que por la edad, por el más intenso de los trabajos intelectuales y físicos, y por el dolor". En 1828 fue su septiembre negro, escondido bajo los gélidos puentes cerca a Palacio, a causa del atentado criminal alcahueteado, si no instigado, por Santander, y en el que el poeta cortesano Luis Vargas Tejada era "el alarma" (hay texto de Bolívar al respecto). Era este Bolívar un "animal político" por antonomasia, y en él no puede separarse el hombre que viaja, el que estudia, el que nada y el que rema, el que ama, el que baila en los salones y el que baila en "las trincheras", el filósofo político que escribe en su escritorio o bien mientras cabalga y el que acomete en la guerra, siendo esta última componente la clave de todo su ser: "la guerra es mi elemento".



El abuelo quería que se llamara Santiago, patrono de España, pero su padre prefirió llamarlo Simón, como Macabeo, gran luchador contra el invasor de su pueblo; como Simón *el mago*, como su tutor, Simón

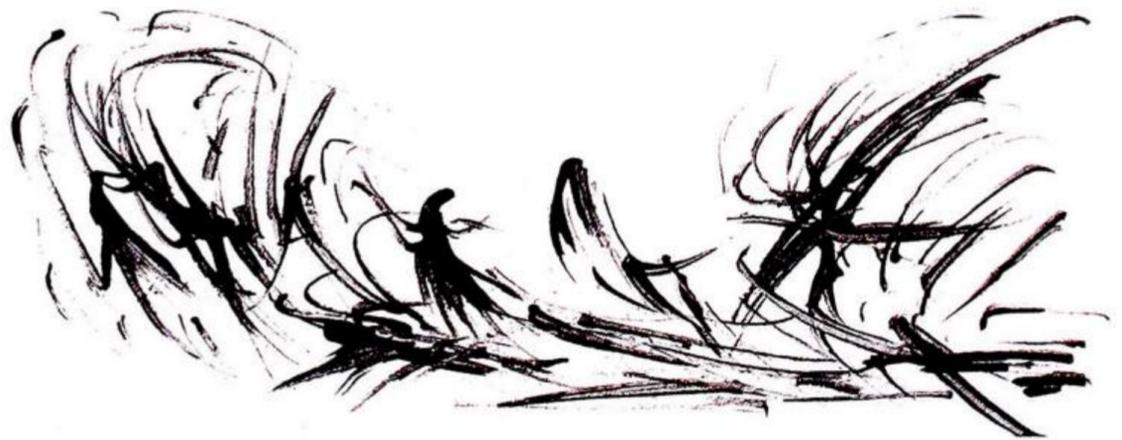
Rodríguez, tomó también el nombre de los primeros inmigrantes vascos Bolívar, Simón *el viejo* y Simón *el mozo*, o *el americano*. Ya en relación con sus padres, se acusaba el rasgo tan característico de este personaje, quien no se ajusta a los tonos "tibios" (en el sentido en que Cristo impugna a éstos): moreno, de pelo negro rizado y ojos oscuros, como su hermana María Antonia, estos dos hermanos eran Bolívar más bien que Palacios, en contraste con otro hermano y otra hermana que eran blancos, rubios, de ojos claros, más cercanos a su madre, Concepción Palacios, quien depone al bebé en el regazo de la negra Hipólita (la cual, en 1783, tenía 28 años y valía \$ 300), su *nodriza*: "Acuérdate que yo no he conocido más madre que ella", escribirá a su hermana encomendándosela. Nos parece que para comprender a cabalidad las ideas políticas de Bolívar son preciosos estos datos que leemos en el primero de los dos libritos, publicados por el Instituto Colombiano de Cultura, de Alberto Miramón, *Bolívar, la forja del héroe* (valía tres pesos en 1972), donde aprendemos que Simón era huérfano a sus nueve años, y que a los doce se voló de la casa de su tutor el tío Carlos Palacios, procuró asilo donde su hermana María Antonia y el marido, y, tras disputas legales, acosado por este abusivo tío suyo, fue a la postre encomendado a su tutor permanente Simón Rodríguez, quien le enseñó a Rousseau y lo sacó a caminar, a montar en mula y a caballo, a remar: "Llamo humano —escribe Bolívar— lo que está más en la naturaleza; lo que está más cerca de las primitivas impresiones", sin desmedro de porfiar también contra la naturaleza, como cuando el terremoto de Caracas, pregonado por el clero como un castigo de Dios por "tanto pecado, tanto error de la filosofía del libertinaje", a Bolívar, en mangas de camisa por la calle, el tremendo sismo le hace decir, a un realista (del rey) que encuentra al paso: "Si la naturaleza se opone, lucharemos contra ella y haremos que nos obedezca".

Salvador de Madariaga, en su extensa obra *Bolívar* (1941), resalta su mestizaje —su sangre blanca, su sangre negra, como la de Hipólita, y su sangre india en su sangre mestiza—, sin el cual "no hubiera podido tener acceso —como lo tuvo— a las capas más profundas del alma de las Indias". Este mismo temperamento ardiente (era un Leo del 24 de julio), no suele admitir, cuando se lo considera despacio, más que amor, incluso adulterado, u odio, aun si taimado, como el de Santander, los dos polos del espectro de la *simpatía*, palabra que literalmente quiere decir 'con pasión'. Es el mismo caso de Napoleón Bonaparte, con toda la ambivalencia afectiva que le guardaba Bolívar, y es el caso también de Lope de Aguirre, cuya carta de 1561, en la que desafía al rey Felipe II —"Creo bien excelentísimo, rey y señor, que para mí y mis compañeros no has sido tal, sino cruel e ingrato..."—, fue estimada por Bolívar como "el acta primera de la Independencia de América", esta carta que Bolívar ordenó, en 1821, a uno de sus edecanes que copiase íntegra y que fuera publicada en El Correo Nacional, de Maracaibo, cosa que nunca se hizo y, aún más, la historia de Venezuela considera esta carta como "la prueba más evidente de lo rústico de su natural grosero y de los desacatos a los que llegó la desvergüenza y el descaro de aquel bruto". Mientras Miguel Otero Silva, en su *Lope de Aguirre el Peregrino*, acaba condenando a Aguirre al infierno, Ramón J. Sender, en su *Viaje equinoccial de Lope de Aguirre*, concluye así su novela: "Ahora, cuatro siglos después [de la muerte de Aguirre], cuando en las noches oscuras se levantan de las llanuras y pantanos de Barquisimeto, Valencia y lugares de la costa de Burburata, fuegos de luz fosfórica que vagan y se agitan a los caprichos del viento, los campesinos cuentan a sus hijos que allí está el alma errante de Lope de Aguirre el Peregrino, que no encuentra dicha ni reposo en el mundo". Bolívar también era una especie de peregrino, un extranjero en su tierra

—“yo no tengo patria a quien hacer el sacrificio” escribe a José M. Restrepo, quien le pedía en 1830 que se sacrificara por la patria—, un peregrino cuyo ímpetu o estro vital, el mismo que lo empujó a luchar por desamarrar los nudos impuestos por la tiranía española y por la tiranía criolla —“estoy aquí por no querer entregar la Nueva Granada al colegio de San Bartolomé”, escribe ya cerca de levar anclas para su Viaje al Final de la Noche—, este ímpetu, decimos, el célebre Madariaga convierte en mera ambición, y aún más, al final de su obra, pone en boca del mismo Bolívar —de una forma tan perversa que recuerda la truculencia de leguleyo propia de *La carta al padre* de Kafka, según cuenta el mismo Kafka a su amiga Milena, a través de la cual conocemos esta carta que Kafka nunca envió a su padre—, Madariaga, decimos, hace decir a una especie de Bolívar póstumo lo siguiente: “Nací esclavo de la pasión de mando, menos libre, como hombre, que los negros que yo mismo llamaba *mi esclavitud*, siendo así que era yo más esclavo de ellos que ellos de mí. Toda mi vida fui esclavo de mis pasiones [...] Al día le hacía falta el hombre. El hombre fui yo. ¿Quién me designó para aquel destino histórico? Mi ambición”. Además, le hace decir que estaba equivocado, y que la que tenía razón era España, habiendo “bordado un gran diseño hispano-indio”, que él en vano había intentado rehacer después de roto. ¿Era Bolívar, como Aguirre, un *conquistador de lo inútil*? ¿Aró en el mar? ¿Las obras son ilusorias, como sostiene Fernando González? Pero es que tal vez uno no es hijo de sus obras sino de *sus* acontecimientos, y en este sentido, la acción y la pasión de Bolívar no son vanas, y él no era un Uno-Solo frente al mundo, como lo pone De la Espriella, sino que medraba en relación con *el pueblo, la multitud*. Tal como Otero Silva condena a Aguirre al infierno, así Madariaga degrada a Bolívar, “el gran réprobo de nuestra historia” —según afirma De la Espriella que “debía ser” Bolívar (pág. 18)—, y enlaza su destino

al de Aguirre, pero al de Aguirre-tirano, no al de Aguirre-peregrino-libertario, poniendo a decir a Bolívar: “Yo no soñé que el alma en pena del tirano Aguirre que ardía en fuegos fatuos sobre las llanuras de Venezuela os tiranizaría al verterse en mar de petróleo estéril sobre vuestros valles antaño fértiles”. ¿El alma de Aguirre vertiéndose en mar de petróleo? Ya Madariaga nos había acostumbrado a sus desplantes mixtificando a Colón, a quien provee de “esa impresión de espaciosa sencillez que llamamos grandeza”, atributo hartamente cuestionable en alguien que, por ejemplo, se apodera de los 10.000 maravedís prometidos por la corona a quien primero viese tierra en América, y que correspondían sin sombra de duda al marinero de La Pinta llamado Rodrigo de Triana, por no referirnos al desprecio que le inspiraban los *naturales*, aunque admire su buena complejión: es en estas pequeñas cosas donde se conoce a la gente, grande o pequeña; decididamente no era el talante del Almirante como el del Quijote, tal como presume Madariaga, y tampoco era Bolívar como el Quijote, “el hombre tal como debiera ser”, pese a que, al final de su peregrinaje, Bolívar se comparara con él y con Cristo, por “majaderos”; es decir, por necios y porfiados.

do el triple yugo de la ignorancia, la tiranía y el envilecimiento desde la conquista, ha madurado el cuerpo mas no el alma, temas sobre los que Bolívar mismo vuelve desde la Carta de Jamaica en 1815, donde escribe: “No somos ni indios ni europeos, sino una especie media entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles: en suma, siendo nosotros americanos por nacimiento y nuestros derechos los de Europa, tenemos que disputar éstos a los del país y que mantenernos en él contra la invasión de los invasores; así, nos hallamos en el caso más extraordinario y complicado”. Es como si nos hubieran puesto a luchar contra nosotros mismos. Bolívar era “el hombre de las dificultades”, así lo ve De la Espriella, como un ser que también se contradice, que vacila, que se vuelve sobre sus pasos, siempre obstinado y a la postre consecuente; sin embargo, por otro lado, el autor declara al mismo tiempo que “la historia es sabia [...] y no se contradice” (pág. 100); uno se queda pensando: ¿la historia es sabia y no se contradice?, como cuando afirma que “está en la naturaleza de las cosas el *parto sangriento* de la historia” (pág. 35), y que la tiranía es una fase natural del desarrollo de los países; resulta por lo menos cuestionable esta atribución racionalista de



Este libro objeto de la reseña resalta los aspectos más relevantes de la Carta de Jamaica, del discurso de Angostura, del mensaje al Congreso de Panamá y a la Convención de Ocaña, recalando ciertos temas que se reiteran una y otra vez, “la civilización produce una indigestión en nuestros espíritus”, por haber sufri-

la historia. Bolívar era “el hombre de las dificultades”, como Hamlet era “el príncipe del peñasco”, y es a este personaje melancólico, o a la sombra de su padre asesinado por su tío usurpador y su madre reina, a quien el autor pareciera evocar al principio cuando escribe: “¿Por qué un hombre que padeció tanto, que

murió tanto, tan distinto y tan lejano de todos los demás hombres, y tan diferente de quienes lo exaltan y encomian, resulta a la postre, y en último término, el fantasma recalcitrante y obligado de nuestra desolada pesadumbre?”. Y luego: “En verdad, Bolívar debía ser el gran réprobo de nuestra historia” (pág. 35). Ya hacia el final, leemos: “Un Bolívar moribundo transitaba aún por la historia. No permanecía pero su sombra era eso: una sombra” (pág. 151). Estaban en las componendas alrededor de su “dictadura”: “Bolívar no esquiva el compromiso. Mas ahora no es el solo dueño de la situación. Las sombras de sus amigos hacen sombra a su sombra” (pág. 154). Hamlet hizo del ánimo y la promesa de venganza, prometido a la sombra de su padre que se le aparece en las terrazas del castillo de Elsinor, una empresa de abolición que corona con su propia muerte. Nos preguntamos si no está ligado este evento, que compromete fatalmente a Hamlet y a quienes tiene cerca, con el acontecimiento de la toma del Palacio de Justicia realizada por el M-19 en 1986, que el cineasta Jorge Alí Triana recrea al final de su segunda aproximación al personaje, ahora con “Bolívar soy yo”, película en la que precisamente el Bolívar se empeña en cambiar el final de la historia, trágico, lo van a fusilar, y en el entrevero, el destino del personaje resulta tan infernal como el de don Juan (de Mozart, en el filme de Joseph Losey), igual al de tantos jueces, guerrilleros y civiles en la toma del Palacio, la demolición concertada que pareciera atraer la figura de Bolívar, vuelto un fantasma, en su intermitente reaparecer, y que hace a De la Espriella evocar con abierta melancolía, incluso cuando razona: “Su presencia es nuestra deuda. La deuda de patria que padecemos” (pág. 19). El Padre de la Patria vuelve como el padre de Hamlet, como un fantasma, y fue así como escribió al general Briceño Méndez en 1828: “...¿para qué necesitaré yo de Colombia? Hasta sus ruinas han de aumentar mi gloria”. A lo que anota De la Espriella: “Históricamente el vaticinio es cier-

to.”, es porque se disolvió la Gran Colombia que sobreviven sus ideas, en la medida en que su obra no alcanzó a cristalizar “permanece como pensador político” (pág. 197). Sólo que doscientos años no han pasado en vano, y nos parece que el autor, intentando hacer valer en la actualidad las ideas políticas de Bolívar, las invoca sin mella del tiempo, pasando por alto las profundas variaciones en las relaciones de poder político que han ocurrido en todos estos años, y que precisamente afectan sobre todo a los Estados del Tercer Mundo, en su relación con “el pueblo” (que falta) y con los Estados del Norte, que han modificado sus economías y sus políticas sobre todo desde la segunda Gran Guerra, sin desmedro de las importantes referencias que el libro trae al pensamiento proyectivo y precursor de Bolívar, por ejemplo en relación con la política de los Estados Unidos, y su antagonismo con Santander, a propósito del Congreso de Panamá. *Actualizar* a Bolívar es algo complicado, siendo como era él, un ser opaco y complejo, pero sin duda que, si viviera, no repetiría sus argumentos, no leería más a Bonaparte y habría remontado quizás las tesis de Clausewitz, particularmente su divisa: “La guerra es la continuación de la política por otros medios”, hasta encontrar que Clausewitz había invertido una tesis difusa que circulaba ya a partir de los siglos XVII y XVIII, tal como nos muestra Foucault en *Genealogía del racismo* (1976), donde asevera que “la ley no nace de la naturaleza, junto a las fuentes a las que acuden los primeros pastores. La ley nace de conflictos reales: masacres, conquistas, victorias, que tienen su fecha y sus horribles héroes [...] La ley no es pacificación, porque detrás de la ley la guerra continúa encendida y de hecho hirviendo dentro de todos los mecanismos de poder [...] No existe un sujeto neutral. Somos necesariamente el adversario de alguien. Una estructura binaria atraviesa la sociedad. Hay siempre dos grupos, dos ejércitos que se enfrentan”. O uno está con Bolívar o uno está con Santander, no hay término

medio, aunque haya muchos matices en esta adhesión, y aún truculentas perversiones, ellos son animales políticos *imposibles*, en cuanto que el mundo donde se criaron los hace necesariamente incompatibles, divergentes, contrarios, una alma del llano y una alma de “lanudo” (aunque Santander era de Cúcuta, se hizo hijo adoptivo del alma de Bogotá).



¿Estaba Bolívar solo, como insiste en afirmar De la Espriella, Uno-Solo contra el mundo? Es una idea del romanticismo alemán, así como la peregrina idea de “la tierra virgen”, después de la guerra de independencia, que reitera el autor, y que el personaje de Bolívar no deja de evocar, aunque él era complejo y opaco y más bien estaba en relación con *el pueblo*. Quizá su más justa expresión la capta, no tanto el historiador —siendo el hombre de la tempestad, intempestivo, pertenecía más a la esfera del acontecimiento que de la historia, a la que sigue eludiendo, como el pintor Lorenzo Jaramillo, en su retrato del Libertador, al lado

del retrato de Rimbaud que también pinta, siendo que las últimas palabras de estos dos peregrinos, Rimbaud en Marsella y Bolívar en Santa Marta, fueron casi las mismas: "Vámonos... vámonos... esta gente no nos quiere en esta tierra... vamos, muchachos... lleven mi equipaje a bordo de la fragata...".

RODRIGO PÉREZ GIL

Encasillar a Bolívar

Así pensaba Bolívar.

Las mejores frases del Libertador presentadas por temas

Octavio Arizmendi Posada
y Carlos Gómez Botero

Editorial Planeta Colombiana, Bogotá,
2000, 303 págs.

Sin lugar a dudas, Simón José Antonio de la Santísima Trinidad Bolívar Palacios (1783-1830) es la principal personalidad de la historia latinoamericana. Gestor, líder y héroe del más profundo y vigoroso movimiento insurreccional llevado a cabo en la América del Sur, según juramento hecho en Roma, el 15 de agosto de 1805, en el monte Aventino, y que hizo efectivo desde mediados de 1807 hasta su muerte, en 1830, periodo de veintitrés años lleno de glorias, triunfos, honores y satisfacciones pero también de guerras inútiles, veleidades y desengaños de poder. Bolívar fue un hombre de su tiempo: gran lector del racionalismo francés, ideas como la república, electiva, la igualdad ante la ley, la abolición de la esclavitud, la separación de la Iglesia y el Estado, la tripartición de poderes, la libertad de cultos y el derecho de gentes (derechos humanos) forman parte fundamental de su pensamiento.

Ideológicamente formado por el jacobino socialista Simón (Carreño) Rodríguez (1771-1854), por Andrés Bello (1781-1865), por el capuchino Francisco Andújar y por el marqués Jerónimo de Ustáriz y Tobar, su pen-

samiento y su figura han inspirado a muy diversas personas y movimientos, desde la más extrema izquierda a la más irritante derecha. Lo universal de sus planteamientos ha hecho que pensadores e ideólogos de derecha e izquierda se inclinen por una posición bolivariana y se apropien de ellos, lo que ha hecho que aficionados, estudiosos y profesionales de una y otra tendencia hayan analizado, explicado y escrito sobre el hombre, el revolucionario, el ideólogo, prestándose a miles de interpretaciones, tergiversaciones y manoseos.



Un claro ejemplo de lo anterior es el libro *Así pensaba Bolívar* de Octavio Arizmendi Posada (1934) y Carlos Gómez Botero (1919), en donde el ex ministro y pedagogo Octavio Arizmendi Posada, uno de los principales y caracterizados cuadros del ultraderechista movimiento del Opus Dei, hace, según él y su socio, una selección de 1.300 de las mejores frases del Libertador (título que recibió Simón Bolívar, el 14 de octubre de 1813, en asamblea pública del conce-

jo de Caracas, luego de la Campaña Admirable, del 14 de mayo al 6 de agosto de 1813), presentadas en un total de 418 temas, ordenadas alfabéticamente, comenzando por Ambición y terminando por Washington (Jorge) y La Fayette, no siempre en estricto orden cronológico, por lo que el lector no puede hacerse una cabal idea del desarrollo del pensamiento bolivariano.

Es un trabajo de síntesis, pues Bolívar fue un profuso escritor, no por ser ambidiestro natural, que empezó a escribir y dictar cartas en 1799, en Veracruz, de viaje hacia Europa, y no paró hasta seis días antes de su muerte. En total, parece que escribió por lo menos diez mil, unas de su puño y letra, otras dictadas a sus amanuenses, otras redactadas por éstos de acuerdo con instrucciones suyas. Se conservaron poco más de tres mil cartas, de las cuales Arizmendi y Gómez dicen haber leído 2.342.

Algunas de las cartas escritas por Bolívar, como la del seis de septiembre de 1815, escrita desde Kingston (Jamaica) (a donde había tenido que emigrar ante la inminente reconquista española encabezada por Pablo Morillo y que comenzó por Cartagena) al comerciante Henry Cullen, publicada en *The Royal Gazette* y titulada "Contestación de un americano meridional a un caballero de esta Isla", han sido llamadas "proféticas" y para algunos, como el que esta reseña escribe, uno de los documentos básicos, junto con *Nuestra América* de José Martí y la *Segunda Declaración de La Habana* de Fidel Castro, para entender nuestra América. En realidad, el conjunto de cartas escritas por El Libertador en ese periodo (uno de los más difíciles de su vida, pues, además de exiliado y sin recursos, fue víctima de un intento de asesinato, uno más dentro de una larga lista, a manos de su antiguo criado Pío, sobornado por agentes realistas de Caracas, del que salió ileso, como lo hizo de cuantos atentados se urdieron contra él, y en varios salvó la vida porque no estaba durmiendo en su cama) muestra la esencia del pensamiento bolivariano: